

Violencia y crisis del tejido social en *El palacio de la risa* de Germán Marín*

Violence and Crisis of the Social Fabric in *El palacio de la risa* by Germán Marín

Cristián Montes

Universidad de Chile

cmontes@vtr.net

El propósito de este artículo es analizar las formas de representación de la violencia en la novela *El palacio de la risa* de Germán Marín (1995). La hipótesis que se plantea es que en la visión de mundo desplegada, la violencia se expresa a partir de una crisis fundamental que se advierte entre los ámbitos individual y colectivo. Dicha característica hace de *El Palacio de la risa* una novela paradigmática de la narrativa posdictatorial chilena.

Palabras clave: Postdictadura, memoria, individual, colectivo.

This article analyzes the violence represented in the novel *El Palacio de la Risa* (Germán Marín, 1995). It argues that in the worldview displayed, violence is expressed from a fundamental crisis between the individual and the collective, making this work a paradigmatic novel of post-dictatorial Chilean narrative.

Keywords: Postdictatorship, Memory, Individual, Colective.

Recibido: 21/04/2014

Aceptado: 7/8/2014

* El presente artículo se inserta en el proyecto Fondecyt N° 1110886, del cual soy investigador responsable, titulado: El tema de la violencia en la narrativa chilena de la posdictadura y su origen en el conflicto entre lo individual y lo colectivo.

El análisis de la novela *El palacio de la risa* del escritor chileno Germán Marín, publicada en 1995, postula que las distintas manifestaciones de violencia inscritas en el orden fictivo poseen, como una de sus principales causas, la problemática relación que se observa entre los planos individual y colectivo. Demostrar esto exige visualizar las formas que adopta dicha relación en el nivel de los dispositivos de enunciación, en la representación de mundo, en el discurso de las ideas y en el plano de los personajes. Tal procedimiento permitirá visualizar cómo las diversas modalidades de violencia desplegada se potencian a partir de la crisis existente entre valores orientados por lo individual contra otros fundados en lo colectivo. Cabe destacar que el discurso ficcional asume un papel destacado en este conflicto, puesto que, en comparación con otro tipo de discursos, es por medio de este que la subjetividad individual y colectiva, en su vinculación con la memoria, encuentran sus distintas formas de representación y performación privilegiadas: "La memoria, tanto individual como colectiva a menudo adquiere la forma de literatura, ya se produzca la transmisión de lo literario de manera escrita u oral, combinándose con frecuencia en la práctica ambas vías" (Díaz 26). Entre el discurso literario y la memoria se generan, por lo mismo, importantes relaciones que es necesario develar, ya que la literatura se erige en vía privilegiada para la pervivencia del recuerdo y profundización de la memoria, ya sea esta consciente, inconsciente, voluntaria o involuntaria (Benjamin 129). Dar cuenta del pasado exige, a través de la vía de la literatura, indagar no solo en la visibilidad de los acontecimientos, sino en las profundas capas que lo constituyen. Es en esa compleja densidad donde el ejercicio de la memoria encuentra el pulso de las colectividades anteriores. Alexandra Ortiz, teniendo como referencia fundamental las ideas de Benjamin respecto del pasado y la memoria, señala que:

"La memoria no es un instrumento para escudriñar el pasado, sino el escenario del pasado en nuestros recuerdos (...) Así darle sentido a la memoria significa traerla a actuar al presente, es otorgarle un papel eminentemente activo en la memoria" (161).

El ejercicio de la memoria realizado por la literatura puede estimular al lector a reconocer verdades que no pueden ser nunca más soslayadas, como es el caso de los crímenes de guerra o los asesinatos de las dictaduras latinoamericanas. Según plantea Spiller:

"En vez de considerar la memoria y la realidad como fenómenos cerrados y herméticos quisiera prestar atención a la presencia del pasado en el presente, a la presencia de antiguas heridas tal vez demasiado grandes, insoportables que persisten en el presente. El duelo, etimológicamente hablando, proviene de la apalabra "dolor" en latín, promete la cura" (213).

En lo relativo ahora a la narrativa chilena y teniendo en cuenta los postulados vertidos más atrás, es relevante enfatizar que, al igual que sucede con otras novelas de la posdictadura, el análisis interpretativo de *El palacio de la risa* requiere indagar en la complejidad de las distintas subjetividades

que actúan en la sociedad chilena contemporánea y en las estrategias por medio de las cuales intentar encontrar su lugar. Los diversos modos de representación y de configuración de la violencia que se despliegan en estos textos operan como síntomas del conflicto profundo entre lo individual y lo colectivo y como un indicador del fracaso de las estrategias de negociación que buscan solucionar el enfrentamiento entre estas dos dimensiones. El discurso ficcional se entiende así no solo como poseedor del privilegio de la escenificación de subjetividades concretas e imaginables, sino también como un dispositivo que permite imaginar y exponer colectividades deseadas y deseables.

I. *El palacio de la risa*: novela y matriz posdictatorial

En el proceso de la transición democrática chilena es posible visualizar que en la producción literaria posdictatorial la actividad de narrar y permitir el diálogo de la experiencia individual con la colectiva revela básicamente dos grandes dificultades: el poder integrar el pasado con el presente y el lograr elaborar colectivamente el duelo, respecto de lo sucedido en Chile en tiempos de la dictadura militar. En tal contexto, la novelística de Marín se inserta en una corriente narrativa donde sigue siendo relevante la presencia de la memoria, especialmente en relación con lo acontecido en tiempos de dictadura (Campos 237). Escritores como Diamela Eltit, Carlos Franz, Ana María del Río, Ramón Díaz Eterovic, Pía Barros, Mauricio Electoral, y especialmente Germán Marín, son representativos de una expresión literaria que funciona como respuesta al descompromiso de sello posmoderno. Más bien, en esta narrativa se aprecia un intento serio de elaboración del duelo respecto de los crímenes cometidos en dictadura y una reflexión sobre las consecuencias de la experiencia vivida, de la violencia generalizada y de la grave crisis generada en los ámbitos individual y colectivo. Lo que aquí se postula es que *El palacio de la risa* de Germán Marín ocupa un lugar sin duda preferente en esta constelación de novelas de posdictadura.

La trama de *El palacio de la risa* se despliega a partir del discurso de un narrador protagonista que narra desde un punto de hablada eminentemente crítico: su visita al excentro de tortura y asesinatos en tiempos del régimen militar chileno, llamado Villa Grimaldi. Dicho lugar de enunciación remite en su significado emocional a la experiencia del retorno a Chile del protagonista, después de un exilio de 17 años. A partir del recuerdo de ese lugar que conoció desde niño, cuando la mansión era una hermosa casona familiar llamada Villa Arrieta, perteneciente a la familia Egaña, el relato se focaliza en una de sus motivaciones principales desde que llegó a Chile, esto es, averiguar qué ocurrió con Mónica, su exnovia, a quien conoció en tiempos de dictadura y tuvo que dejar de ver cuando él se fue al exilio. La investigación que realiza le permitirá descubrir que Mónica se había convertido en colaboradora de los agentes de la represión, que habitó por lo mismo en Villa Grimaldi y que en tiempos de democracia se fue a vivir fuera de Chile, junto a un agente de la Dina.

En la composición estructural de *El palacio de la risa* es posible visualizar la existencia de tres ejes de significación que iluminan desde diversos ángulos la relación entre el sujeto, la memoria, lo individual, lo colectivo y la violencia. Un primer eje de significación se concentra en la conflictiva

relación que el país tiene con el pasado y que el protagonista adolece desde su interferida subjetividad:

“Yo no venía del extranjero, sino del pasado, que al parecer nadie quería, pues, de acuerdo a lo que había captado, aquel tiempo representaba poco y nada en la vida actual de los chilenos. Estaba en un país que por dos motivos de su historia, antagónicos, deseaba borrar su pasado de cualquiera posible mácula y hacer cuentas nuevas” (13).

Dicha cita remite a la percepción del narrador relativa a la incidencia de las políticas de la Concertación y a los resabios del pasado dictatorial. Cabe recordar que el empeño por vitalizar la memoria ha debido batallar en Chile con un proceso de democratización dudoso y con una ambigua forma de continuidad entre dictadura y posdictadura:

“A partir de 1990 el gobierno adopta una línea marcada por el pragmatismo y la prudencia, teniendo en cuenta el marco apremiante del que hereda y que no se propone cambiar (...) Desprovistos de un proyecto económico, social y político que afirmara voluntad de cambio, el primer gobierno civil se inscribe de hecho en una continuidad (...) El objetivo será asegurar la estabilidad del gobierno (...) En ese contexto, actuar “en la medida de lo posible” quiere decir concretamente actuar en el marco de las reglas impuesta por los militares” (Castro 131-132).

En concordancia con esta línea de pensamiento, Tomás Moulian afirma que el Chile actual se formó al interior de una matriz dictatorial que finalmente devino constitucional en tiempos de democracia y, a la vez, intentó por todos los medios obviar dichos orígenes (13). Respecto de esto mismo, Nelly Richard señala que:

“...el recuerdo traumático de la violación de los derechos humanos ha ido perdiendo gradualmente intensidad, hasta fundirse en la indiferencia del olvido pasivo de una ciudad de todos los días (...) Pero ¿Cómo agitar los tiempos de la memoria para salvarlo de caer en la apatía o la distracción ciudadanas, en la insignificancia de estas apacibles esquinas? ¿Cómo desapaciguar el recuerdo de la historia para que los disparos de la memoria, sus fulgores e intermitencias, sacudan una cotidianeidad anodina, satisfecha, de hábitos ya calmados? (Richard 10).

La política del olvido latente en el programa de futuro de la concertación se vio reforzada con la tendencia de una parte de la población a desarrollar únicamente una memoria que ha sido definida como “memoria banal”, esto es, un tipo de memoria gravitante en personas que consideran y sienten que fenómenos como la tortura y la desaparición de sus compatriotas chilenos no constituyen núcleos trascendentes respecto de su propia vida personal y afectiva. Esta forma de memoria evidencia la incapacidad de salir de uno

mismo y acceder al dolor de ese otro al que no se vio torturar o eliminar y que por ello, al no sentirse íntimamente involucrado, no genera una particular toma de conciencia (Lechner 72)¹.

El resultado de todo lo anterior derivó en una operación de blanqueo que exigía olvidar los orígenes del Chile actual, es decir, el golpe militar, las muertes, las desapariciones, para mostrar al mundo que el Chile de la Concertación había conseguido superar el pasado². Se hacía indispensable evitar que se vinculara al Chile "democrático" con la barbarie de la dictadura, la que debía ser silenciada y relegada al olvido. Una de las consecuencias de esta política, la que es denunciada ficcionalmente en *El palacio de la risa*, es que todavía una parte de los crímenes no han sido resueltos y que, incluso, muchos de los torturadores que pasaron por Villa Grimaldi están libres y viven en la impunidad. En la visión de mundo desplegada –lo que también puede apreciarse en otras novelas del autor, como *Un animal mudo levanta la vista* o en la trilogía: *La ola muerta* (2008), *Las cien águilas* (2008) y *Círculo vicioso* (2008)³– se evidencia la necesidad de elaborar el pasado y denunciar el nuevo presente instaurado por los regímenes militares y exacerbado por los gobiernos de la Concertación, un tiempo signado por un silenciamiento de lo ocurrido y un mercado global donde todo se ha ido mercantilizado.

A partir de los diversos sentidos activados en el nivel simbólico de *El palacio de la risa*, puede afirmarse que la novela se ofrece como una extensa reflexión sobre Chile y las consecuencias de la dictadura:

El país había terminado de embromarse después de aceptar que la infamia ya era asunto enterrado, en que solo cabía como parte de los justos y tibios, luego de restañar las ideas, trasladar lo sucedido al desván de la Historia. Una paz sin justicia... (119-120).

La percepción del narrador respecto del pasado remite a una voluntad de amnesia y una forma de olvido que caracterizó a la política neoliberal implementada por los gobiernos de la concertación. La política del consenso y el neoliberalismo imperante se configuran en fenómenos responsables de que el pasado no logre reelaborarse en un duelo liberador y constructivo:

¹ No puede dejar de tenerse en cuenta la permanente descalificación y degradación de la figura de cualquiera que se opusiera a los dictámenes del régimen imperante. Ello incidió en que parte de la población rechazara la acción terrorista que, según el discurso de la dictadura, se estaba produciendo en todo el país. Es relevante recordar que Pinochet se refería a los insurgentes como: "seres anormales, aniquilados psicológicamente por su odio, el que vierten a la sociedad en nombre de los 'principios' que su organización les entrega" (79).

² Operación de olvido que niega y contradice una de las características sustantivas de la memoria, esto es, el dar cuenta de las formas en que el pasado está de alguna forma siempre activado en el presente del que recuerda. Como señala Chauchard: "La memoria es la posibilidad psicológica que tenemos de poder evocar voluntariamente un pasado que no se ha perdido u olvidado del todo, sino que permanece inscrito en nosotros" (17).

³ Las tres novelas conforman una trilogía titulada: *Historia de una absolución familiar*. Santiago: DEBOLSILLO, 2009.

Muchas lecturas pueden hacerse de ese pasado. Sin embargo, la lectura desde las víctimas por largo tiempo se ha visto afectada por la actitud oficial. La negación de los hechos por parte de la autoridad transformó el dolor y la muerte padecidos en una invención malévola de las propias víctimas y, por tanto, en un asunto moral y ciertamente privado durante casi diecisiete años. Los informes sobre detenidos desaparecidos y ejecutados políticos (Informe Rettig, 1991) y el informe de la Comisión de Prisión Política y Tortura (Informe Valech, 2004) ilustraron cómo los silencios públicos y la negación oficial intentaron borrar la experiencia de miles de personas (Lira 352).

II. Violencia social y violencia anómica

En el orden ficcional de *El palacio de la risa* y a partir de un segundo eje de significación, puede apreciarse que las consecuencias de las políticas neoliberales estimuladas por la dictadura y administradas por los gobiernos democráticos son devaluadas al mostrar las consecuencias fatales de su aplicación. La experiencia traumática vivida en Chile se inserta en una cultura globalizada coherente con una sintomatología de época donde se propende a abolir la historia y a capitalizar únicamente lo provisorio. No se reconoce un anclaje en la tradición personal y tampoco en la historia comunitaria. Se exagera la separación entre lo individual y lo colectivo, encontrando la violencia un terreno propicio para incubar sus múltiples ramificaciones. Al no existir una confianza recíproca entre los individuos y las instituciones representantes de lo colectivo, se instala la violencia como forma intermedia de esta relación. Al respecto, Martín Barbero señala que en las actuales ciudades neoliberales latinoamericanas, especialmente en la década de los noventa, se observa una doble economía social de la violencia, la que se traduce en el miedo al otro; miedo que se genera a partir de las informaciones de los medios de comunicación que acentúan la falta de seguridad y, por otro lado, en la tendencia a encerrarse en guetos (209-269). A partir de este planteamiento, Juan Poblete afirma que en las ciudades neoliberales latinoamericanas, la segmentación geográfica de los diversos grupos sociales se expresa en diversas formas e interacciones de fronteras al interior de la ciudad neoliberal:

Allí se erosiona la memoria urbana colectiva y se privatiza la experiencia de la ciudad y su cultura multiplicándose en el proceso que aquí he llamado zonas de fronterización al interior del país, con las consiguientes dinámicas de desconfianza, de miedo hacia aquellos que solo pertenecen a la polis de una manera disminuida o informalizada (77).

En *El palacio de la risa*, la crisis del tejido social y la segregación que el modelo neoliberal genera es expuesta a través de la presencia de los dos Chiles que conviven friccionalmente en la década de los noventa. Esto se evidencia una vez que el protagonista resuelve marcharse de Villa Grimaldi y experimenta el contraste de dos mundos irreconciliables: el de un Chile pujante y exitoso y otro que se debate entre la pobreza y la falta de oportunidades:

A medida que avanzaba por la avenida principal de Peñalolén, recorrida por varias líneas de buses, me daba cuenta que el barrio de casitas primorosas había quedado a mis espaldas. Pasaba ahora frente a las ruinas de un depósito de vehículos en desecho que más bien parecía un cementerio (...) En medio de la suciedad se "levantaba hosca, indefinida y gris una población callampa, como se llama todavía en el país. Era un lunar más dentro de los existentes en Santiago que echaban a perder el discurso triunfalista en boga, en que Chile era comparado a un tigre y a un jaguar en un símil zoológico, por quienes postulaban la reconciliación de los distintos intereses (101-103).

La experiencia frontal ante las dos facciones del país se intensifica en el encuentro que el narrador tiene con un grupo de jóvenes representativos del Chile segregado, quienes, además de burlarse de él, le exigen agresivamente dinero. La violencia de la situación la interpreta el personaje como una consecuencia de la manera cómo se ha ido perfilando la sociedad chilena en las últimas décadas:

Sentí en aquel segundo (...) que algo espeso y caliente nacía de ellos, semejante al aliento del hocico de un animal. La muchacha venida de los ranchos que se observaba al otro lado de la avenida, era el resultado social, entre otras consecuencias, de la trayectoria sufrida por el país durante años (104).

Además de la violencia producto de la desigualdad social y la falta de oportunidades que el texto denuncia, se observa la activación de una violencia de otro tipo, la que se proyecta como una energía desfocalizada que revela una odiosidad sobre cualquiera, en este caso el narrador, que represente el mundo social ajeno a los jóvenes agresores. Se percibe así un tipo de violencia que Gerald Imbert define como "violencia anómica", entendiéndolo por ello una violencia que aunque sin un objeto y una razón definida, refleja una carencia social constitutiva, una violencia que "indica una ruptura de la solidaridad, una dilución de los puntos de referencia que expresa una pérdida de la identidad social" (34). La violencia anómica se traduce también en una aversión a todo lo que se perciba como ajeno al espacio vital en el cual los individuos se desenvuelven. Es un tipo de violencia donde no gravita una pulsión revolucionaria, sino una energía destructiva y sin objeto preciso:

Esta violencia cotidiana y difusa no es la violencia del ángel exterminador ni la del vengador justiciero; es una violencia sin rostro y sin objetivo, anónima e indeterminada: se parece a la contaminación atmosférica y a la desertización de los campos, y nada en absoluto a la revuelta social y a la rebelión de protesta (Barcellona 75).

El diagnóstico realizado por el narrador de *El palacio de la risa* denuncia la trayectoria que ha tenido el país, donde se ha ido incubando un tipo particular de violencia. Como señala Santiago Bengoa, si el tipo de violencia que

existía en tiempos de dictadura era del tipo político e ideológico, la violencia en posdictadura adquiere un sello claramente distinto:

En el Chile actual la violencia ha adquirido un carácter diferente, esto es, de "masas individuales". O son las turbas las que atacan o son individuos quienes, con violencia precisa y generalmente malsana, actúan por razones, las más de las veces, personales (160).

Desde la perspectiva de Bengoa, durante la transición la violencia se expresa principalmente en una agresividad creciente y difusa, en asaltos, en la aparición de drogas duras y en una violencia callejera generalizada. En ese contexto, sumado al problema de las diferencias sociales, tiene un lugar importante la crisis del sentimiento de pertenencia de las capas marginales, ya sea a una comunidad, a un conglomerado político, etc. Durante la dictadura y debido al terror generalizado se fueron disolviendo algunas estructuras de sociabilización como los clubes sociales, agrupación de ciudadanos, entre otras instancias de sociabilización, las que no han podido volver a reconstituirse. Posteriormente, ya en tiempos de la transición democrática, este fenómeno ha seguido presente, debido a que, junto a la existencia de grandes desigualdades y al predominio del mercado, no se observa un discurso de conciencia de clase. A cambio de eso solo es visible un improductivo reclamo social que se expresa en rabia, rencor y violencia. En este enclave conflictivo, como plantea José Bengoa, la política derivó en un sistema de mercado que no genera adhesión social y sentido de convivencia:

Se produce una denegación de canales de participación y la ciudadanía se convierte en un asunto menor, una ciudadanía de baja intensidad (...) Durante la transición ha quedado al descubierto cómo la integración social y los canales de participación que la harían posible no han alcanzado un nivel concreto de coherencia. Lo que queda, en cambio, es una sociedad escindida, insegura y violenta (162 163).

En cuanto a lo que sucede en *El palacio de la risa*, la violencia que sufre el narrador es por ello la consecuencia de un orden social que convierte a parte de la población en despojos de un sistema que desea expulsarlos de diversas maneras. En este sentido es pertinente lo que señala Marc Augé, en cuanto a que "la violencia siempre aparece cuando las relaciones ya no son concebibles ni negociables y aún menos instituíbles o instituidas, o dicho de otro modo, cuando fracasa la simbolización" (144).

III. Exilio, subjetividad y autonarración

Un tercer eje de significación gravitante en el nivel ideológico de *El palacio de la risa* se configura a partir del conjunto de racionalizaciones y creencias del narrador respecto a su situación existencial. El exilio, el extravío y la sensación de extrañamiento se ligan aquí a una profunda crisis de pertenencia:

“Me pregunté mientras recorría aquello con la mirada a qué país había llegado hacía dos meses pues, aunque lo deseara, este ya no parecía ser el mío luego de pasar por la verdad de esa mañana. Era hoy otro país como trataba de decirme, distinto al que había dejado al marchar al extranjero, ajeno como cualquiera de los que habían pisado durante diecisiete años” (43).

El temple anímico es coherente con la sensación de una nueva forma de exilio que se experimenta después de la catástrofe de la dictadura y en una supuesta plenitud democrática. El retorno a la patria ha estado signado por un sentimiento que oscila entre lo vivido en el pasado y lo que el presente le ofrece, sentimiento que entra en consonancia con lo que, según Ana Pizarro, define la impronta de todo exiliado que se ve obligado a rearticularse a la nueva realidad:

El retornado vive entonces en un entre lugar de la vida y la cultura, en un espacio de negociación, entre el pasado que lo destruyó y lo rehizo, y este presente que también está en su memoria histórica pero es diferente a las imágenes que ella conservaba. Dependerá de sus circunstancias y de sus recursos íntimos el lograr equilibrar esta tercera etapa de su viaje, y de este equilibrio dependerá, a su vez, el resto de su vida (90).

En *El palacio de la risa* es elocuente que la necesidad de reinserción del narrador se dé en paralelo a la toma de conciencia de la ruptura del lazo individual con un colectivo del cual se siente desterrado:

El exilio todavía se prolongaba, transformado en cierta medida en un hombre invisible al que no reconocían ni siquiera sus ex compañeros de juegos, a solas en medio de un pasado que ya no interesaba a nadie. Era un extranjero en mi propio pasado. Desde la orilla opuesta de este destierro, vivido durante diecisiete años, proseguía al volver con una historia escindida que no encajaba con el presente (100).

El sentimiento de des pertenencia agudiza la necesidad de productivizar el pasado y rechazar los intentos de la dictadura militar por destruir toda evidencia de su crimen. Como quedó de manifiesto a fines de la dictadura, la máquina represiva derivó en el imperativo de invisibilizar lo que había sido su política de exterminio:

La dictadura borró las huellas de su criminalidad haciendo que el acto de desaparición no dejara ningún rastro de la operatoria de supresión de los nombres y de los cuerpos que perfeccionó el terrorismo del régimen militar. Cualquier gesto que lleve ciertos restos acusatorios a grabarse como indicios de la violencia homicida en algún soporte de inscripción (monumento, documento o testimonio) cumple

con desafiar el operativo de tachadura del recuerdo con que la dictadura quiso dejar en blanco su capítulo de aniquilamiento (Richard 10)⁴.

El recorrido que realiza el narrador por lo que fue Villa Grimaldi, lugar que según información del actual Parque por La Paz Villa Grimaldi, construido en el mismo lugar, desaparecieron 229 personas entre 1973 y 1978, estimula su necesidad de revitalizar la memoria histórica:

Se observaba al penetrar un poco más en él, que en dicho páramo donde se habían edificado los pabellones carcelarios, los que al momento de ordenarse el cierre habían sido destruidos, hechos astillas, a fin de evitar su testimonio. No se debían dejar huellas que mañana fueran utilizadas sobre la verdad (17)⁵.

Frente a ese conjunto de escombros y a la consecuente falta de evidencia concreta respecto de lo ahí sucedido, el narrador se enfrenta a la disyuntiva de cómo narrar acerca de ello: "Nadie podía señalar a ciencia cierta lo que había sucedido" (107). Transmitir dicha experiencia implica un proceso de dos caras. En primer lugar revela la imposibilidad de llegar a saber con seguridad qué pasó realmente no solo con Mónica, sino en Villa Grimaldi y por extensión en todo Chile: "De mi parte estaba en un punto, luego de haber pasado la mañana en aquel erial, en que solo cabía dar todo por aceptado y marcharse. Abrigar alguna esperanza de restituir la existencia a la antigua casa era quimérico, asimismo devolver a Mónica su vida anterior" (45). Es pertinente aquí la reflexión de Patrik Dove, quien señala que "los textos encuentran en la memoria la esperanza de justicia, pero también invitan a considerar los límites que se imponen en el deseo de representar el pasado" (133). En segundo lugar, y a pesar de estar consciente de que no podrá alcanzar la verdad total de lo ocurrido, el narrador se abocará a reconstruir la historia, a partir de una acuciosa investigación: documentación de la vicaría de la solidaridad, memorias de título, diversos libros de historia, archivos de la biblioteca nacional, entrevistas, etc. Se produce así, a nivel del acto narrativo, una tensión entre la urgencia por dar cuenta de ese pasado y al mismo tiempo constatar lo difícil que es acceder a él. La opción por tratar de olvidarlo todo ("solo cabía dar todo por aceptado y marcharse") es desechada rápidamente y deviene en la necesidad de asumir el autocompromiso

⁴ "El último director de la CNI (Central Nacional de Informaciones): general Hugo Salas Wenzel, vendió la propiedad en 1987 a una empresa constructora de la que él mismo era socio. Esta empresa tenía la intención de construir en el sitio un complejo moderno de condominios. Así se puso en marcha una política de la dinamitación, para que no quedara ningún rastro del antiguo centro de torturas. Cuando terminó la dictadura en 1990, muchas de las edificaciones del recinto de detención ya habían sido destruidas por los bulldozers de la empresa constructora. A la vista solo quedaban ruinas, restos de los que fue uno de los símbolos más notorios de la represión Chilena" (Lazzara 128).

⁵ "Al momento de la recuperación la mayor parte de las instalaciones originales del centro de detención no existían, pues habían sido deliberadamente arrasadas, de manera que las alternativas de intervención espacial consideraban o bien la reconstrucción exacta del lugar, o bien una reinterpretación espacial, como finalmente se hizo, lo que ha significado debates en torno a las formas de representación de la memoria y la experiencia del lugar" (López 59).

de investigar acerca de lo acontecido en el pasado, decisión que se sostiene en la conciencia de que dicho pasado está inscrito en el presente. Asumir ese pasado, hacer memoria y transformar todo ello en materia narrativa se convierte en un dispositivo eficaz para la reconstitución y afirmación, en parte, naturalmente, de una identidad escindida y flotante entre el pasado y el presente:

“El Dios solitario del yo me hacía dar cuenta de que, viejo como me sentía para recibir estos imprevistos, tampoco estaba en condiciones de asimilar el pasado o, al menos, de cerrarlo. Era un ayer trabado por mi propia mano (56).

Se perfila de esta forma, en el acto de habla narrativo, lo que ha sido definido por algunos filósofos españoles contemporáneos, como Vicente Arregui o Miguel Morey, como una matriz de autonarración, esto es, el acto a partir de la cual un sujeto narrador intenta reconstituir una forma de identidad. Al reelaborar el pasado, la literatura permite que se entienda de mejor manera el lugar que se ocupa en el pasado y en el presente⁶. Por medio de la narración de la propia vida se iluminan los núcleos de significación relevantes del pasado, los que antes de transformarse en materia narrativa son únicamente un material amorfo que permanece en la oscuridad de la memoria. Narrar, entonces, para alcanzar una mejor comprensión de lo vivido, otorgándole a los recuerdos una forma narrativa que permita hacer inteligible lo sucedido, tanto para quien narra como para sus eventuales receptores⁷. Para el narrador de *El palacio de la risa* el acto de narrar es la vía para tratar de entender por qué su destino no fue el mismo de tantos asesinados y desaparecidos en tiempos de dictadura.

IV. Villa Grimaldi: Cronotopia de una aniquilación progresiva

La novela de Germán Marín reacciona en contra de la política de borrar el pasado y se erige como una privilegiada escucha del estado de la sociedad a mediados de la década de los 90. Ello es elocuente en el gesto del narrador de revitalizar la memoria del país al vincular la historia de la mansión a la historia de Chile. El itinerario descrito dibuja un arco temporal que va desde el siglo XIX, cuando la residencia era un centro familiar de la aristocracia chilena, hasta los tiempos de la dictadura militar, donde pasó a llamarse Cuartel Terranova. En dicho proceso de degradación se observa cómo un lugar que en sus orígenes fue un espacio familiar, cultural y político, que era visitado por grandes próceres de la nación, como Ignacio Domeyko, Victorino

⁶ “De hecho, la idea misma de vida o de biografía humana es un producto literario. Porque la noción de vida supone una cierta totalización, una cierta capacidad de enhebrar sucesos en una totalidad, que solo puede ser narrativa (...) la unidad de una vida es la unidad de su narración, no la de unos mecanismos que enganchen unos sucesos en otros como los enganches de los vagones de un tren” (Arregui 8).

⁷ “Cualquier cosa que pasa no es un acontecimiento –no todo lo que nos pasa merece ser contado–. El acontecimiento presupone así una constitución de sentido previa, desde donde se decide qué es y qué no es un acontecimiento desde donde se determina el qué de lo que nos pasa. El acontecimiento presupone un cierto orden narrativo desde donde se le acoge y a cuya medida se recorta, neutralizando alguno de sus rasgos y amplificando otros” (Morey 37).

Lastarria, Andrés Bello, derivó finalmente, en tiempos de la Unidad Popular, en la Discotheque El Paraíso y con posterioridad, en tiempos de dictadura, en el centro de tortura y desaparecimiento Villa Grimaldi⁸. Es importante destacar que en la extensa narración sobre la historia de la casona de Peñalolén se desliza una crítica a la forma en que el país ha procesado en general la Historia y los contenidos del pasado. El acto de habla narrativo perfila así una crítica a la arraigada costumbre de borrar constantemente el pasado: "La casa de Peñalolén merecía otra suerte, pero en Chile, como es sabido, existe un horror al pasado, lo que no se destruye se tuerce, devorado por la devastación que significa el presente" (46). El horror al pasado, que en este caso se expresa en la constante transformación arquitectónica de la capital, se liga a una noción de tiempo que pareciera tener inscrita en su significado la carencia de densidad histórica: "Santiago no era una ciudad que se dejara moldear por la Historia, pensaba, al observar la presencia de nuevos edificios y el desfiguramiento de zonas enteras" (15).

La Casona de Peñalolén deviene espacio cronotópico donde son atraídos los diversos tiempos que configuran la historia completa del lugar, convocatoria que posibilita que este se consolide como una sugerente metáfora del país. Es importante señalar que Villa Grimaldi se erige como un lugar paradigmático entre los centros de detención dispersos a lo largo de Chile:

Villa Grimaldi es emblemático no únicamente por las características y dimensiones de la actividad represiva que allí se desarrolló, sino porque fue el primer ex CDT recuperado tras la dictadura, muy tempranamente, y porque en su caso se puede apreciar la trayectoria de diversas memorias interviniendo en un mismo espacio. A su vez, ha sido precursor de otras acciones de recuperación y de un modo de actuar por parte del Estado que ha evitado establecer un procedimiento generalizado para enfrentar la emergencia de este tipo de marcaciones públicas (López 59).

En su reciente estudio sobre Villa Grimaldi, Gabriel Salazar describe cómo la crueldad y la violencia que se ejercía sobre los detenidos, se daba en un contexto donde la burocracia intentaba racionalizar y justificar el delirio asesino imperante:

Se observa que las dramáticas sesiones de tortura que estallaban día y noche en el cuartel, donde se llegaba al límite y aún más allá de la resistencia humana al dolor y la muerte, daban paso luego a un cansino ejercicio burocrático de analistas, secretarias, estafetas, y a idas y venidas del personal subalterno llevando y trayendo formularios

⁸ Debe tenerse en cuenta que hubo 1.156 lugares de detención a lo largo de Chile. Ver Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión, Política y Tortura. Chile. Ed. Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004 (pp. 306-545). En cuanto a Santiago hubo más de 80 centros de detención. Sufrieron torturas más de cinco mil militantes de izquierda y más de 240 fueron asesinados o desaparecidos (Lazzara 127).

re llenos escolarmente con frases estereotipadas, que terminaban depositados en un oscuro cuartel general (...) Ni el desesperado griterío de la tortura ni el espeso silencio de los asesinatos detenían la gimnasia burocrática de la "inteligencia militar"; al contrario, la nutrían y agilizaban, casi con la convicción de una "profesión" respetable. Y todo esto en función de reducir personas vivas (marxistas) a una condición de muerte, para obtener de allí la posibilidad de llegar a otras personas vivas (otros marxistas) y así repetir el mismo ejercicio (25)

Al proponerse como una metáfora de lo sucedido en el país, se esboza en la novela una crítica velada a una parte de la población chilena que intentaba vivir al margen de lo que ocurría en el país, en este caso a escasas cuadras de Villa Grimaldi:

Me resultaba increíble que El Palacio de la Risa hubiera existido, no, coexistido, en aquel barrio amable que lo rodeaba lleno de esmeradas casitas de tejas rojas, bendecidas por las campanadas de la iglesia vecina, donde como suponía esta posible toparse con unas señora jóvenes bien arregladas, coquetas, que iban de compras a los pequeños negocios de alimentos cercanos (...) Así parecía ser en su ambigüedad el país que estaba conociendo, si es que no había sido siempre igual" (71-72).

Respecto de una disociación de este tipo que se produce en las personas que experimentan la vida concentracionaria, Pilar Calveiro señala que en Argentina, pero esto es extensible a todos los países latinoamericanos donde hubo dictaduras, había centros de detención y tortura que estaban en plena ciudad y donde la sociedad sabía y no sabía, al mismo tiempo, lo que adentro de esos espacios ocurría:

"El campo de concentración, por su cercanía física, por estar en medio de la sociedad, del otro lado de la pared, solo puede existir en medio de una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad 'desaparecida', tan anonadada como los secuestrados mismos" (147).

Conclusiones

Villa Grimaldi como epicentro de la maquinaria de la crueldad se carga de historia en el acto de la narración de *El palacio de la risa* y en su intento por oponerse a la tendencia a negar el pasado que caracteriza el devenir actual. La impronta de quien rememora se instaura como una voz cuyo gesto acusatorio incorpora en su demanda a una colectividad que pide y espera una recuperación de tejido social⁹. Un narrador egológico deviene así en

⁹ Esta dimensión colectiva del acto de recordar se sostiene, además, en lo que ha sido definido como una condición inmanente a dicho acto, esto es, que el recuerdo nunca es un

narrador alterológico, es decir, en un nosotros que expresa su reclamo en la escritura¹⁰. A nivel del discurso de las ideas, en *El Palacio de la risa* se sugiere que si no se logra experimentar como sociedad el duelo, la experiencia del exilio interior seguirá inscrita en la conciencia del país, manteniéndose intactas las condiciones que generan la violencia. Es elocuente que el narrador, enfrentado a la disyuntiva de qué hacer ante ese escenario de futuro decida continuar viviendo en Chile y no clausurar ni negar su pasado. Por medio de la escritura será posible que dicho proyecto de existencia pueda, en definitiva, constituirse. A pesar del escepticismo del narrador, *El palacio de la risa* ha hecho suyo el imperativo de la memoria. Se evidencia una necesidad que sobrepasa la experiencia de la pérdida individual y se conecta con una memoria colectiva que se comparte en el acto de narración. El recuerdo individual se hace colectivo al ponerlo a dialogar con otros recuerdos, en una elaboración plural del duelo que permita reconstituir el lazo social. Tal vez así la violencia que revela la disyunción entre estos dos ámbitos –situación en muchos aspectos transferible a lo que sucede en pleno siglo XXI– y que la novela de Germán Marín reelabora estéticamente, pueda de alguna manera y por fin neutralizarse.

Obras citadas

- Arregui, Vicente. "Arte y vida". Boletín del Museo Ramón Camón Aznar. Vol. 75-76, 1999.
- Augé, Marc. *¿Por qué vivimos?* Barcelona: Gedisa, 2013.
- Barbero, Jesús Martín. *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. México: FCE, 2004.
- Barcellona, Pietro. *Postmodernidad y comunidad*. Madrid: Editorial Trotta, 1999.
- Bengoá, José. *La comunidad reclamada. Identidades, utopías y memorias en la sociedad chilena*, Santiago: Catalonia, 2009.
- Benjamin, Walter. Poesía y capitalismo. *Iluminaciones II*. Madrid: Taurus, 1993.
- Butler, Judith. *Violencia de Estado, guerra, resistencia. Por una nueva política de la izquierda*. Barcelona: Kats Editores 2010.
- Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 1998.
- Campos, Javier "Literatura y globalización: la narrativa chilena en los tiempos del neoliberalismo maravilloso". En Kart Kohut y José Morales Saravia (eds.): *La Literatura chilena hoy-La difícil transición*, Frankfurt / Main. Madrid: Vervuet (2002).
- Castro, Antonia. *La muerte lenta de los desaparecidos en Chile*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2011.

acto totalmente individual y encerrado en sí mismo, sino que siempre están presentes de alguna forma los otros. Todo recuerdo, en este sentido, es posible gracias a una colectividad que lo sostiene, debido a que, en el fondo el sujeto nunca está totalmente solo. En palabras de Maurice Halbwachs: "Resulta difícil encontrar recuerdos que nos trasladen a un momento en que nuestras sensaciones no eran más que el reflejo de objetos externos, en que no mezclábamos ninguna de las imágenes, ninguno de los pensamientos que nos vinculaban con los hombres y grupos que nos rodeaban" (38).

¹⁰ "La obra literaria lleva siempre e inevitablemente impresa una estructura de representación de la realidad que se adscribe posteriormente a órdenes del sistema cultural específico: mundo objetivo, mundo social y mundo subjetivo; redes egológicas (autopresentación) y alterológicas (heteropresentación)" (Cuesta Abad, 142).

- Chauchard, Paul. *Conocimiento y dominio de la memoria*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 1985.
- Comisión Nacional sobre Prisión, Política y Tortura. Chile. *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. Chile: Ed. Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004.
- "Condiciones socio-culturales de la transición democrática: a la búsqueda de la comunidad perdida". *Estudios Internacionales*, Año XXIV, N. 94, abril-junio, 1991, pp. 209-228.
- Cuesta Abad, J. *Teoría, Hermenéutica y Literatura*. Madrid: Visor, 1991.
- Díaz, Luis. *Narración y memoria. Anotaciones para una antropología de la catástrofe*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2008.
- Dove, Patrick. "Narrativas de justicia y duelo: testimonio y literatura del terrorismo de estado en el Cono Sur". *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*. Elizabeth Jelin y Ana Longoni (comps). Madrid: Ed. Siglo XXI, 2003.
- Imbert, Gerard. *Los escenarios de la violencia*. Barcelona: Ed. Icaria, 1992.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- Lazzara, Michael. "Tres recorridos de Villa Grimaldi". *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, en Elizabeth Jelin y Victoria Langland (comps.), Madrid: Siglo XXI, 2003.
- Lechner, Norbert. *Las sombras del mañana: La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Editorial LOM, 2002.
- León, Leonardo. "La vida en los campos de concentración, 1973-1976". *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo. De 1925 a nuestros días*. Tomo 3 (Bajo la dirección de Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri). Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2007.
- Lira, Elizabeth. "La vida como sobreviviente. Las secuelas de la dictadura en sus víctimas". *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo. De 1925 a nuestros días*. Tomo 3 (Bajo la dirección de Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri). Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2007.
- López, Loreto. "Lugar de la memoria de las violaciones a los derechos humano: Más allá de sus límites". *Recordar para pensar. Memoria para la democracia*. Santiago: Ediciones Böll Cono Sur, 2010, pp. 57-65.
- Marín, Germán. *El palacio de la risa*. En *Un animal mudo levanta la vista*. Santiago: Random House Mondadori, 2002.
- Moulian, Tomás. *Chile actual. Anatomía política de un mito*. Santiago: Arcis-Lom, 1997.
- Morey, Miguel. *El orden de los acontecimientos*. Barcelona: Península, 1987.
- "Nuestros miedos". *Revista Perfiles Latinoamericanos*, N. 13, 1998, pp. 179-198.
- Ortiz, Alexandra. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Madrid: Iberoamericana Vervuet, 2012.
- Pinochet, Augusto. *Política, demagogia y politiquería*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1988, pp. 79.
- Pizarro, Ana María. Mitos y construcción del imaginario nacional cotidiano, en *Revisitando Chile identidades, mitos e historias*, (Sonia Montecino Compiladora), Santiago: Publicaciones del Bicentenario, 2003, 85-91.
- Poblete, Juan. Las fronteras internas en la ciudad de Santiago: Lemebel. En *Chile Urbano: la ciudad en la literatura y el cine* (Magda Sepúlveda Editora), Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2013.

- Recordar para pensar. Memoria para la democracia.* Santiago: Ediciones Böll Cono Sur, 2010.
- Richard, Nelly. "Sitios de la memoria, vaciamiento del recuerdo". *Revista de Crítica Cultural*, N. 23, 2001, pp. 10-13.
- Salazar, Gabriel, *Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Volumen I. Historia, testimonio, reflexión.* Santiago: LOM, 2013.
- Spiller, Roland. "La verdad de la memoria en la memoria de la verdad. Poiesis después de Auschwitz: Juan Gelman". *Escribir después de la dictadura. La producción literaria y cultural en las postdictaduras de Europa e Hispanoamérica.* Janett Reinstädler (ed.). Frankfurt am Main: IberoamericanaVervuet, 2011, pp. 197-219.